

## El sentido de la conversión<sup>1</sup>

No quiero fatigar a nadie con el relato de mis peripecias íntimas, ya que generalmente no interesan más que a uno mismo. Sin embargo, como voy a intentar anotar algunas observaciones que juzgué importantes acerca de la conversión, una exposición totalmente abstracta implicaría un contrasentido. Una generalización quitaría sentido a una experiencia vivida, existencial, eminentemente concreta como es la conversión. Mi propia experiencia juega aquí una función puramente ilustrativa.

En ese lapso de inestabilidad íntima de la adolescencia, se le ha llamado periodo de dentición por su corta duración en el común de las gentes, la crisis de crecimiento espiritual, que se traduce en un inquisidor interrogatorio acerca del destino del hombre, del mundo y Dios, arrase en mi arrasó en mi las ideas y tópicos vigentes. Ninguno de ellos podía satisfacer el imperativo de verdad, y es que acaso nunca en la historia el hombre ha vivido desde ideas tan frágiles, tan "impresionistas". ¿Desde cuándo las superficies son raíces, fundamento de vida? Y la suprema ironía es que se auto-complace nuestra era en llamarse crítica. ¿Crítica? ¿Es posible otorgar tal atributo a una humanidad positivista que desconoce la experiencia radical de despojarse, de ver cómo se arruinan los puntos de apoyo para vivir que se heredan confundidos al extremo de tenerlos como la misma realidad, de verse conducida a una situación de desamparo, de naufragio?

La primera gran experiencia personal fue la dolorosa conciencia de la finitud, de la contradicción, del precipitarse el mundo al absurdo, al sin sentido. Es cuando se aprende a mirar perplejo el vaivén de los hombres, vacíos y tediosos en sí mismos, sin tener nada que decir y corriendo detrás de las más diversas cosas, a las que han transferido su alma. Los modernos no tienen nada que decir, y entonces su lugar, su decir, lo ocupan las cosas, produciéndose una inversión grotesca: las cosas están animadas y los hombres inanimados. Las cosas ocupan el lugar de los hombres y los hombres el lugar de las cosas. De ahí que nuestro mundo esté dirigido por el confort, el dinero, las máquinas, etc. y no por los hombres. Y ellos son conscientes de tal situación, ¿no los oímos decir "el peligro de la bomba atómica", como si la iniciativa estuviera en ese objeto? Esa actitud de espectador: ¡y el espectáculo una farsa! se adquiere cuando se han perdido todas las recetas-guías para orientarse entre las cosas y los hombres. Y es también paradójicamente cuando el alma como la mano de un mendigo, vacía (vacía de vacíos) golpea en las puertas pidiendo ayuda. Ayuda que significa dar razón de ser. Pero ocurre que no todos los que dan son señores. Es el fugaz momento de decepción y entusiasmo trunco con algunos impostores del absoluto, que se llaman por ej.: pueblo, clase, nación, arte. Ahora les llamaría los fariseos de lo divino. Pues en una contingencia, una esencia corrupta como la del mismo hombre. ¿Cómo saltar de la propia insuficiencia, de la propia nada que es uno mismo, a otras y salvarse? Es esta conciencia menesterosa el primer triunfo de Dios y la primera derrota del mundo. Ese mirarse a uno mismo y no encontrar más que un mendigo es la primera victoria de la verdad, tan celosamente escondida por los hombres. Ya San Agustín decía del hombre "eterno mendigo de toda solemnidad".

La mendicidad es el estado de pre-conversión. Es la consciencia de la pobreza, de no poseer nada, que se traduce en el pedir. Pero se tiene tal consciencia cuando se aspira a sobrepasarla.

---

<sup>1</sup> Original. Montevideo, octubre de 1942.

La indigencia que implica el pedir es el primer atisbo de plenitud, el principio de superación, pues el choque con el límite, con la envoltura de la finitud nos revela nuestro impulso esencial hacia el infinito. La mendicidad es el morir del hombre viejo, la agonía del tiempo y de todo lo que envuelve al tomarlo sobre sí y no dejarnos llevar por él. Es el momento en que se pisa el umbral de la trascendencia, pero nuestra voluntad de plenitud, que fracasa siempre en la realización mundana arruinada por las alternativas, no puede saltar por sí misma más allá del acontecer temporal. Pero lo importante es estar disponible, ser disponible. Solo así es posible que una mano estreche la nuestra y nos eleve, llenando nuestra miseria actual. Y solo Dios por amor, moviéndose desde su plenitud hasta nuestra indigencia, desde lo más alto a lo más bajo, convirtiéndose de señor en siervo, es decir en mendigo para ser hermano, puede salvarnos y hacernos ser. Mendigo, no como nosotros por necesidad constitutiva, sino gratuitamente. ¿Qué es Cristo sino el señor-mendigo que carga con nuestra mendicidad, con el tiempo, para vencerle y transfigurarlo en el acto mismo de la muerte? Ante Dios no caben alternativas, como frente al mundo donde cada elección arruina infinitas posibilidades, donde elegir implica no elegir y excluir, abdicar de otras auténticas opciones, hecho que conduce a no pocos amantes de la libertad absoluta a no elegir nunca. Ante Dios solo cabe la disponibilidad, el ser pobres y estar abiertos sin la esclavitud de las cosas y las alternativas. Estas solo tienen vigencia en el mundo. Sustituir la disponibilidad por la alternativa es caer en el más terrible de los errores y de las soberbias, pues el hombre no es Dios. El ateo es quien considera a Dios como una alternativa más, y en ese considerar mismo lo pierde.

¿Cuál es el significado preciso de la conversión? El paso de mendigo a peregrino. La transfiguración del mendigo en peregrino, que implica también transfigurar el pedir en oración. Dejar de ser mendigo para hacerse peregrino. Pues el peregrino siendo mendigo sabe hacia dónde va, sabe que la puerta de la limosna está solo en el Santo Sepulcro. Sabe que está en el camino de lo eterno y no en el laberinto del tiempo.